

100. ¡Yo quiero misericordia!...

Un refrán popular dice muy acertadamente: “Mientras haya Dios habrá misericordia”. Es lo que todos queremos. Pues desde que Jesucristo dijo: *-El que esté sin pecado, que tire la primera piedra*, no hay uno que presuma de inocente, y todos, por lo mismo, queremos misericordia y perdón, que solamente se hallan en Dios.

¿Qué ha hecho Dios con la Humanidad culpable?... Dejemos que nos lo diga aquel expresidiario.

Sale libre de la cárcel, una vez cumplida su condena, y su vida empieza a ser más trágica que en la prisión. La mujer le había dejado y se había ido con otro: *-¿Para qué tengo que pensar en mi marido? Cuando salga de la cárcel, que se busque otra si quiere...*

Y el pobre se encuentra solo, perdido su único amor.

Busca trabajo, para empezar una vida honrada, y oye en cada puerta:

- No, gracias. No lo necesitamos.

Quiere comer, y apenas recoge algún pedazo de pan duro, aunque reza:

- ¡El pan nuestro de cada día!...

Viste hecho una calamidad, con toda la ropa deshecha, sucia porque no tiene recambio para lavarla, y los pies los lleva medio descalzos con unas sandalias inservibles.

Se presenta así en la casa cural, y al sacerdote que antes de abrir la puerta ha mirado por la ventana a ver quién es, le suelta con amargura inmensa:

- Míreme bien, Padre. ¡Mire cómo estoy! Y usted dijo en su sermón que nos dirigió en la cárcel, después de contar la historia de aquel muchacho de quien habló el mismo Jesús, que “Dios es amor”. ¿Es eso verdad?...

El sacerdote se conmueve, y se dice:

- ¡Sí que es verdad! Y ahora soy yo el padre de la parábola de Jesús, el padre que tiene que hacer lo del Padre del Cielo.

Y como aquel del Evangelio, le regala al infeliz un traje nuevo, le calza los pies con unos zapatos recién comprados, y hace preparar una comida de fiesta grande..., para no desdecir de ese Padre, de ese *Dios que es amor*.

Ésta es la pura historia de la Humanidad caída en el paraíso. Más miserable, imposible. Pero Dios, “rico en misericordia”, la salva por Jesucristo, la regenera, y le da la esperanza de una felicidad verdadera, en la misma casa del Padre que un día abandonara tan irreflexivamente, tan irresponsablemente.

¿Qué decir de la bondad misericordiosa de Dios?... El mundo de hoy, si no quiere desesperar, tiene que convencerse de que Dios, que podría salir por los derechos de su justicia ofendida, prefiere renunciar al uso de cualquiera de sus atributos divinos antes que a su privilegio más entrañado, como es la compasión, la misericordia y el perdón. Así lo canta la Biblia, después de la catástrofe de la destrucción de Jerusalén:

- El amor del Señor no se acaba, ni se agota su compasión, y cada mañana se renueva. ¡Qué grande, Señor, es tu fidelidad! Yo me digo: El Señor es mi heredad, por eso confío en él (Lamentaciones 3,22-24)

Dios usa de su paciencia a largo plazo. ¡Espera, espera!... Ante los hijos e hijas que se han marchado de casa, parece como si Dios se dijera siempre, oteando ansioso el horizonte: *-¡A ver cuándo vuelven! ¡A ver cuándo dejan el mal y se deciden por el bien!...*

Las palabras de la Biblia son enternecedoras, y repetidas siempre con el mismo tono de voz.

- Moisés oye después que el pueblo ha prevaricado: *-¡El Señor, el Señor! Un Dios misericordioso y compasivo, lento a la ira y rico en amor y fidelidad, que mantiene su favor y fidelidad eternamente, que perdona la iniquidad, la maldad y el pecado (Éxodo 34,6-7)*

- El libro de la Sabiduría, tan profundo, le canta a Dios: *-Tú, Dios nuestro, eres benigno, veraz, sufrido y todo lo gobiernas con misericordia... Tienes misericordia de todos, por lo mismo que todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres, a fin de que se arrepientan (Sabiduría 15,1; 11,24)*

En estas palabras últimas tenemos la razón de la gran misericordia de Dios. ¿Por qué no castiga de inmediato cuando se le ofende descaradamente? Porque da tiempo al arrepentimiento, como nos dice con tanta autoridad San Pedro: *-Tiene paciencia con vosotros, porque no quiere que alguno se pierda, sino que todos se conviertan y se salven (2Pedro 3,9)*

Un caso entre tantos innumerables de la Historia, que confirma esta paciencia del Dios misericordioso, lo tenemos en el rey de Francia Luis XV. La corte era un desastre. El rey seguía en las suyas, con una querida en pos de otra, y una vida que escandalizaba a todos.

Entre tanto, su hija la princesa Luisa, monja carmelita, entregada a la penitencia, cada noche se pasa largas horas de oración ante su Crucifijo: *-¡Señor, por mi padre el Rey, que se convierta y se salve!*

Le llega la noticia de la gravedad del rey, y la hija le manda ese Crucifijo como una ánora de salvación para el barco que naufraga. El monarca se enternece al ver la imagen del Crucificado. Llama a la última favorita, y la despide del palacio: *-¡Váyase de una vez, y que venga el sacerdote!...*

Ahora el rey reconoce sus errores, se confiesa arrepentido, recibe los Sacramentos, y alcanza la misericordia divina, ¡que ha tenido tanta, tanta paciencia!...

Es cierto que el mundo de hoy necesita esta confianza en un Dios que lo quiere salvar. La desesperación sería el peor de los males. Si por una parte hay que tratar a Dios con seriedad, por aquello del apóstol San Pablo, que *de Dios no se ríe nadie (Gálatas 6,7)*, por otra parte la confianza arrastra mucho más a los pies de Dios que la desesperación infundada.

Si Dios es rico en misericordia, el hombre hace mal y actúa equivocadamente cuando no es rico en confianza. Si Dios llama con cariño, ¿por qué darle la espalda con miedo?...